



AIRAM SUSEJ XOOL VILLALDAMA

“NICTÉ-HA”

Mi nombre es Airam Susej Xool Villaldama, nacida en la península de Yucatán, un lugar donde las historias antiguas se entrelazan con el presente. Fui bendecida con la habilidad de expresar mis sentimientos a través de la escritura. Desde pequeña me gusta leer y escribir mis pensamientos, es la mejor forma en que me comunico con las personas.

Mi madre, con su corazón anclado en Morelos, y mi padre, cuyas raíces se hunden profundamente en la rica tierra maya, me dieron un legado de diversidad y resistencia. Sin embargo, la vida a veces nos lleva por caminos inesperados y oscuros.

Debido a la violencia intrafamiliar, un tormento que no debería ser conocido por nadie, tuvimos que dejar nuestro hogar. Junto con mi madre, buscamos refugio y seguridad en Morelos, un retorno a sus raíces, buscando un nuevo comienzo lejos del dolor que nos perseguía.

Regresamos a la casa de mi abuela materna, un refugio de memorias que siempre me recuerda los días más felices de mi infancia. Ahora, esta casa también se convirtió en mi santuario, en mi fortaleza contra las adversidades que nos esperaban.

Vivir sin el apoyo de mi padre fue un desafío que nunca imaginé enfrentar. Las dificultades económicas, el estigma social y la lucha interna de redefinir nuestra familia en ausencia de una figura paterna, fueron obstáculos que parecían insuperables.

Pero en cada rincón de esta casa, en cada palabra de aliento de mi abuela, encontré la fuerza para seguir adelante. Aprendí que la resiliencia es más que simplemente resistir; es transformar el dolor en poder, las lágrimas en sonrisas y cada pequeño logro en una victoria.

Aunque el camino ha sido arduo, cada paso me ha enseñado que incluso sin el apoyo de mi padre, podemos construir una vida llena de esperanza y nuevas oportunidades.

Mi entorno, impregnado de la rica herencia de mis ancestros y la sabiduría de mi abuela, me llenó de valores que se convirtieron en el faro de mi vida. La compasión, la fortaleza y la dedicación son solo algunos de los tesoros que he recogido en este viaje.

Uno de los desafíos más duros que enfrenté fue cuando mi mamá cayó en coma. La incertidumbre y el miedo de perderla me envolvieron, pero también me enseñaron sobre la fragilidad y la preciosidad de la vida. Estar lejos de casa, en un hospital, sosteniendo la mano de mi mamá mientras luchaba por su vida, me hizo más fuerte. Me enseñó a valorar cada momento y a nunca dar por sentado a las personas que amo.

Además, mi mamá, incluso antes de su enfermedad, estaba siempre trabajando día y noche para mantenernos a mi hermano menor y a mí. Su sacrificio y su inquebrantable espíritu de lucha se convirtieron en mi inspiración. Yo, siendo la mayor, asumí la responsabilidad de cuidar a mi hermano, de protegerlo y guiarlo. Esta experiencia me transformó, me hizo madurar rápidamente y me mostró la importancia de la responsabilidad y el cuidado hacia los demás, por eso que mi mayor anhelo es convertirse en un gran profesional de salud.

Estos desafíos no solo me hicieron más fuerte, sino que también me enseñaron el verdadero significado de la familia, el amor y la resiliencia.

Las dos cosas más importantes que aprendí en Don Bosco, con ejemplos y su importancia para mí, son, el valor de la educación integral; En Don Bosco, no solo se enfocaron en nuestra educación académica, sino también en nuestra formación ética y espiritual. Un gran ejemplo es nuestro Taller "Líderes Don Bosco" donde debatimos sobre dilemas morales, lo que me enseñó a analizar situaciones desde diferentes perspectivas y a tomar decisiones considerando el bien común y sobre todo, a ser una gran líder, esto ha sido crucial porque me ha preparado para enfrentar el mundo real con una mente crítica y un corazón compasivo, valores que son esenciales en cualquier ámbito de la vida.

La importancia de la solidaridad, también ha sido una pieza fundamental para mi crecimiento, siendo participe en campañas de recolección de juguetes para niños necesitados, siendo organizadas por los mismos estudiantes. Esta experiencia me permitió entender las realidades de otras personas y la importancia de ayudar a quienes lo necesitan.

Aprender sobre solidaridad me ha enseñado que todos somos parte de una comunidad más grande y que nuestras acciones pueden tener un impacto significativo en la vida de los demás. Me ha motivado a ser una persona más empática y activa en mi comunidad. Estas lecciones de Don Bosco han sido fundamentales en mi desarrollo personal y continúan guiándome en mi vida diaria.

Mi sueño es abrazar la vocación de enfermería, un camino que resuena con el latido de mi corazón y el deseo de sanar y cuidar a los demás. Imagino mis días llenos de aprendizaje, donde cada libro abierto y cada lección absorbida me acerca más a ese futuro en el que puedo hacer una diferencia.

Hasta hace unos meses estudiar la licenciatura en enfermería, era un sueño que veía imposible de cumplir, ya que nuestra economía no es muy favorable para solventar todo lo que implica una licenciatura de esta índole. Sin embargo, en una salida académica, conocimos las instalaciones de la Universidad Autónoma de Morelos (UAEM) con sede en Axochiapan, municipio más cercano a mi comunidad, ahí conocí las instalaciones de la lic. en enfermería y me permití imaginar cómo sería mi vida en ese lugar; sin duda alguna a partir de ese día decidí luchar y hacer lo posible por hacer realidad eso que imaginé. En cuanto llegué a casa, platiqué con mi mamá y le pedí que me apoyara lo más que pudiera, ya que yo iba a hacer el doble de esfuerzo para estudiar y trabajar para juntas solventar todos esos gastos económicos que nos aguardan. El padre Toño ha sido una gran inspiración en esta toma de decisión, ya que él siempre nos dice que nos visualicemos llegando muy lejos y que confiemos en Dios y pongamos de nuestra parte para que todo lo que soñamos suceda.

Después de mucho platicar, llegamos al acuerdo y compromiso de que vamos a buscar siempre la mejor forma de buscar ingresos para cumplir este sueño. Actualmente ya cuento con mi ficha para la universidad y espero con ansias la fecha para presentar mi examen. Estoy segura que con la ayuda de Dios y mi empeño, tendré buenos resultados.

En mi escuela siempre he escuchado a mis maestros decir que nuestra vocación la encontraremos haciendo aquello que nos apasiona, que nos hace felices y aquello con lo que podemos colaborar a transformar nuestra sociedad.

Visualizo las aulas y los pasillos de una escuela de enfermería, donde cada paso es un eco de mi compromiso. Las prácticas clínicas serán mi campo de batalla, donde enfrentaré los desafíos de la vida y la muerte con determinación y esperanza. En esos momentos, cuando el cansancio amenace con nublar mi espíritu, recordaré por qué empecé este viaje.

La experiencia que acumularé, primero como voluntaria y luego como practicante, será el crisol donde se forjará mi habilidad y compasión. Cada paciente, cada sonrisa, cada lágrima derramada será una lección invaluable que me preparará para el día en que, finalmente, pueda llamarme enfermera.

Y cuando llegue el momento de obtener mi licenciatura, no será solo un papel lo que recibiré, sino la llave a un mundo donde puedo ser la luz en los momentos más oscuros de alguien. Con cada cura que ofrezca, con cada consuelo que brinde, sabré que he logrado algo hermoso: convertir mi pasión en mi profesión.

La historia de Don Bosco, tejida con hilos de compasión y servicio, se convirtió en el faro que iluminó mi camino hacia la enfermería. Cada palabra suya resonó en mi corazón, recordándome que la verdadera grandeza reside en el cuidado desinteresado de los demás. Don Bosco, con su amor inquebrantable por los jóvenes y su dedicación incansable, me inspiró a seguir sus pasos. En cada persona que apoyo, veo un reflejo de aquellos jóvenes a quienes Don Bosco extendió su mano. En cada sonrisa que comparto, en cada lágrima que limpio, siento su presencia guiándome. La enfermería no es solo una profesión para mí; es una vocación, un llamado que resonó desde los pasillos de Don Bosco hasta mi corazón.

Así que, cuando sostengo la mano de un anciano solitario, cuando escuchó las preocupaciones de un niño asustado, sé que estoy siguiendo el legado de Don Bosco. Él junto con mi madre me enseñaron que el verdadero servicio no se mide en títulos o salarios, sino en la capacidad de tocar vidas y aliviar su sufrimiento. Y en cada turno, en cada inyección administrada, siento que estoy cumpliendo esa promesa.

Don Bosco, aunque partió hace mucho tiempo, sigue siendo mi guía silencioso. Su espíritu vive en cada acto de bondad, en cada palabra de aliento. Y mientras continúo mi viaje hacia la enfermería, sé que él está allí, sonriendo desde algún rincón del cielo, bendiciendo mi camino y susurrándome: "Sigue adelante, cuida a los demás, porque en cada paciente hay un joven que necesita tu amor".

En Don Bosco, mi alma se nutrió de valores que ahora son la esencia de mi ser. La empatía, esa dulce virtud, se convirtió en el lente a través del cual veo el mundo. Me enseñó a escuchar las necesidades ajenas y a responder con un corazón abierto. En mi vida diaria, esta empatía se manifiesta en cada gesto de comprensión hacia aquellos que encuentro, en cada palabra de consuelo que ofrezco a los corazones heridos.

La integridad, como una columna de mármol, sostiene cada decisión que tomo. En Don Bosco, aprendí que ser íntegro significa más que ser honesto; significa ser coherente con mis valores incluso cuando nadie está mirando. Esta integridad me guía, me permite actuar con rectitud y honor en cada aspecto de mi vida, desde lo más trivial hasta lo más trascendental.

Y la solidaridad, ese puente que construimos entre las almas, se ha convertido en mi misión. Aprendí que juntos somos más fuertes, que el bienestar de uno es el bienestar de todos. En mi camino hacia la enfermería, aplico esta solidaridad al ofrecer mi tiempo, mi esfuerzo y mi empatía a aquellos que lo necesitan, sabiendo que cada acto de bondad es un hilo que teje la gran tela de la humanidad.

La desigualdad en el acceso a la atención médica es un problema que me toca profundamente. En mi comunidad, veo rostros marcados por la enfermedad y el desamparo, y siento la urgencia de actuar. Imagino un futuro donde las clínicas móviles recorren caminos polvorientos para llevar esperanza y salud a quienes más lo necesitan. Sueño con talleres que se convierten en semilleros de conocimiento, donde la prevención y los hábitos saludables se enseñan con pasión.

Visualizo a profesionales de la salud uniendo sus manos en solidaridad, donando su tiempo y conocimiento para sanar las heridas de la pobreza. Y en este tapiz de soluciones, me veo a mí misma, no como una espectadora, sino como una participante activa. He ofrecido mi tiempo en campañas de salud, he compartido información vital con vecinos y amigos, y he llevado consuelo a quienes lo necesitan.

Cada paso que doy en esta dirección es un paso hacia un mundo más justo. Con cada acción, con cada palabra, con cada cuidado que ofrezco, estoy construyendo el cambio que deseo ver en mi comunidad. Es una labor de amor, una misión que me llena de propósito y me impulsa a seguir adelante.

Por último, quisiera darles mis más sinceros agradecimientos a todos ustedes, que hicieron posible que jóvenes como yo, tuviéramos y sigamos teniendo oportunidades de estudiar en una escuela como esta. Siempre estaré agradecida con la vida por permitirme coincidir con grandes personas como ustedes.

Con Cariño

Airam Susej Xool Villaldama